

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y APOSTOLADO SOCIAL

William Ryan

Mi vida

Nací en 1925, en la ciudad de Renfrew, Ontario, Canadá, quinto de nueve hermanos, en una familia con recursos limitados. Mi padre abandonó el cultivo de la tierra para dedicarse a la tala y aserrado de madera, en el valle Gatineau, Quebec, dejando a su mujer y familia en una ciudad lejana, pero cerca de las escuelas y la iglesia. Porque para mi madre la Misa diaria, con sus hijos, era un deber. Pronto aprendimos los hijos a trabajar y a ser responsables. Yo pasaba los veranos con mi padre en los campos madereros y en los aserraderos, trabajando diez horas al día, con sólo 14 años, en condiciones realmente abominables. Pero allí comenzó mi idilio de amor con la naturaleza. Estudié en una escuela pública y más tarde en el Colegio St Patrick de Ottawa. En 1944, estaba a punto de enrolarme en la fuerza aérea, después de haber tomado en Ejercicios la decisión de no ser sacerdote. Unos días más tarde, al escuchar a un sacerdote jesuita que alababa a los jesuitas como buenos sacerdotes—yo nunca había tratado antes a ningún jesuita—conocí al instante y para siempre que yo debía ser jesuita. Durante el resto de mi vida, de diversas maneras, he intentado siempre relacionar la fe con la justicia—intentando dar valor espiritual a mis esfuerzos por un mundo mejor para los pobres, que viven y trabajan en las injustas condiciones que yo había experimentado en los aserraderos de madera, donde corrí el riesgo de morir o sufrir graves heridas.

Mi vida como jesuita y el apostolado social

Gocé con mi vida en el noviciado, descubrí la oración y no quería que se terminasen los Ejercicios completos. Sin

embargo me sentía como confinado y aprovechaba todas las ocasiones posibles para hacer trabajos físicos en la granja y para dar largos paseos. Pedí ir a la misión canadiense de Darjeeling, India. No pude evitar de alguna manera mi frustración con los textos de la filosofía neoescolástica, que me hacían estar en continua tensión con mis profesores—y finalmente con el Rector que me consideraba algo loco porque no me adaptaba al sistema como los otros jesuitas. Agotado busqué refugio en el trabajo, esparciendo abono orgánico en la granja Guelph. Nuestro Provincial, P. Swain, me destinó en misión a Darjeeling, pero en su visita insistió en que estudiase filosofía. Por acuerdo amistoso me envió a la Universidad de San Luis para estudiar economía.

En San Luis volví a encontrarme con la filosofía, a través del estudio de la historia del pensamiento económico. Comprendí la naturaleza reduccionista de toda la teoría económica, y naturalmente de toda la metodología científica. Y me invadió una sensación de libertad al llegar a ese punto. Nunca he sido partidario de la teoría o paradigmas de la economía neoliberal. Hice mi tesis para el MA sobre la historia y la ideología de los sindicatos católicos en Quebec, y esto me permitió conocer a fondo la relación ambigua en la vida real entre la Iglesia y el trabajo, entre la fe y la justicia. Mi tesis mereció una invitación para ampliarla ligeramente y presentarla para el doctorado. Pero pensé que debía seguir adelante.

*descubrir cómo el Cristo
Resucitado guía a toda la
creación hacia su
consumación escatológica*

Pedí hacer la teología en Europa. Con dudas iniciales fui enviado primero a Inglaterra y luego a Bélgica. Me aburría la teología que presentaba Heythrop y dedicaba mucho tiempo a podar los árboles para que el bosque respirase. Al llegar a Eegenhoven, Lovaina, en 1956, me encontré con una nueva experiencia, vivir con jesuitas de 24 países. El decano, P. Malevez, me introdujo enseguida a los escritos “prohibidos” de Teilhard de Chardin y Henri de Lubac. Al fin llegaba a estudiar cómo relacionar cielo y tierra, mi economía con mi espiritualidad, y a descubrir cómo el Cristo Resucitado guía a toda la creación hacia su consumación escatológica.

Rene Carpentier S.J. me enseñó a integrar la espiritualidad con la teología, y con Andre Vachon S.J. traduje el libro seminal de Gerard Gilman S.J., *Le Primat de la Charite en Theologie Moral*, al inglés. Mi tesina para la

licenciatura versó sobre la pregunta: “¿Es nuestro trabajo científico e industrial irrelevante para la venida del Reino?”

Mi tercera probación en Paray-le-Monial fue tiempo de oración y de pastoral activa. Fui aceptado por Harvard para hacer el doctorado en 1959. Cambié mi campo de especialización desde las relaciones laborales al desarrollo económico, porque la pobreza mundial era ya el problema prioritario de la justicia en el mundo.

Pánico repentino en Harvard—un jesuita ya mayor compite con los genios jóvenes—que se convirtió en sonrisas al descubrir que era yo quien competía allí. Mis profesores estaban interesados en el catolicismo, y miraban con benignidad a los jesuitas, en especial el historiador ruso de economía, Alexander Gershenkron, que sentía fascinación por la relación entre religión y desarrollo, y que dirigía mi tesis doctoral, anunciada con el título *“El Clero y el desarrollo económico en Quebec*. Inesperadamente mi Provincial y sus consultores vetaron inicialmente el tema de la tesis, por miedo a abrir viejas heridas en las relaciones franco / inglesas , católicas y jesuitas.

Yo fui liberado de la enseñanza de economía en Loyola College, Montreal, porque los Obispos canadienses me invitaron a unirme a su equipo de la Conferencia Nacional. Fueron los años gloriosos del episcopado, cuando ellos pusieron toda su confianza en su equipo y nosotros respondimos con dedicación plena — especialmente tras la doctrina social católica del Vaticano II—desarrollando el ecumenismo social y estableciendo relaciones con el equipo estimulante de la Comisión Pontificia para la Justicia y Paz. En 1969 me convertí en un problema para el P. Arrupe. Los Obispos canadienses querían mis servicios, como también los solicitaba la Universidad Gregoriana de Roma. El Vaticano me pedía para el SODEPAX , el nuevo Consejo Vaticano- Mundial para el Centro de Justicia Social de las Iglesias en Ginebra. Y los Obispos americanos junto con los jesuitas me buscaban para el proyectado Centro Internacional de Desarrollo. El P. Arrupe me envió en misión a Washington, donde fundé el Centro de “Concern” (Temas Sociales), que no era propiedad ni de los Obispos ni de los jesuitas. Nos basamos en las opiniones y doctrina del Sínodo Romano sobre la Justicia en el Mundo, y tuvimos la adhesión entusiasta de los religiosos, especialmente de las religiosas, de muchos Obispos y laicos. Era el modelo apropiado para su tiempo y fue imitado ampliamente, en especial en USA.

En 1978 el P. Arrupe accedió a los deseos del Provincial de Canadá, y me nombró para sucederle. Volví a Canadá, pensando para mi cómo implementar la CG 32. Después de meses de consultas y oración presentamos el plan “Nuestra Manera de Proceder en los años 80s”, que fue bendecido por el P. Arrupe, que insistió que no se cambiase sin su permiso. La prioridad más alta era aumentar nuestro apostolado con los nativos, pero se incluían otros proyectos de justicia social como el Centro Jesuita para la Fe y Justicia Social, una comunidad rural para personas discapacitadas, etc... Fue una ocasión apropiada para trabajar con la Conferencia Canadiense de Religiosos y Obispos en temas de justicia social y en procesos de discernimiento.

En 1984 la Conferencia Canadiense de Obispos me eligió su Secretario General—y me abrió un panorama más amplio para la promoción de la justicia social. Pero mis mayores esfuerzos se dirigían a trabajar, con un Equipo de Obispos veteranos, para reflexionar y poner al día la CCCB. El problema más serio era que los Obispos aceptasen mayor responsabilidad en las resoluciones de su Conferencia y en las declaraciones públicas sobre justicia social y otras iniciativas.

Durante el período 1990-93 trabajé con miembros del parlamento federal y altos funcionarios, de todos los partidos, en debates informales sobre temas de justicia social. Más tarde fui asesor especial del Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo, institución secular muy respetada de Ottawa, en un proyecto sobre Ciencia, Religión y Desarrollo. Mis investigaciones se publicaron con el título *“Cultura, Espiritualidad y Desarrollo Económico: Abrir un Diálogo”* (1995). Me centré en una encuesta que había hecho en 29 países pobres y cómo personas con experiencia veían la relación entre desarrollo, cultura y religión. Tuve que enfrentarme a la tarea desagradable de cerrar el Centro Social Jesuita para la Fe y la Justicia, principalmente por razones económicas. Desde entonces he tomado parte en un intento de mantener el Centro Jesuita vivo, como un proyecto menor de los jesuitas, y me he ocupado en la investigación y en conferencias públicas sobre desarrollo, globalización, ecología y espiritualidad. La Ecología y el Dialogo entre denominaciones religiosas en especial en relación con el Islam, han ido ocupando un primer lugar en mis actividades. Con la ayuda de John Coleman S.J. he organizado un seminario Internacional sobre Globalización y el Pensamiento Social Católico: Parada Actual y Esperanzas Futuras—Todo aparecerá en un libro publicado por Orbis y Novalis en otoño del 2005.

Experiencia Espiritual

Teniendo en cuenta la gracia extraordinaria de una fuerte vocación, no soy propenso a los movimientos pendulares de consolación y desolación, y normalmente gozo de paz interior, incluso en medio de tormentas externas. El Espíritu jugó un papel preponderante en los primeros pasos de mi vida espiritual, pero el desprendimiento—dejar hacer—era mi preocupación principal. Primero lo experimenté como un factor negativo, tener que abandonar las amistades y otras cosas para mí muy queridas, pero luego gradualmente me proporcionó en la vida una nueva libertad. Llegué a identificar la presencia del Espíritu con el vigor, en mí mismo o en otros o en grupos. Tedio e impaciencia con respecto a los libros de texto de filosofía y teología, eran para mí una fuente de frustración, que yo compensaba con visitas a la naturaleza, donde comencé a encontrar a Dios presente y activo. Paseos largos eran una oportunidad para recordar los hechos de mi vida personal, y mis decisiones como administrador. Durante la filosofía, mi inquietud impaciente fue mal entendida por mi Rector y mi médico, pero de alguna manera conté con la gracia y el apoyo de mi padre espiritual, y de otro padre ya mayor, para salir incólume de la prueba. Llegué a comprender que la libertad espiritual llevaba consigo decir la verdad, tal como la veía yo, aun a costa de pagar por ello. Esta prueba me fortaleció de manera considerable en mi trato abierto y humilde con la autoridad, y en la obediencia, sin perder mi paz interior. También me proporcionó cierta serenidad en las dificultades, perturbadoras para mi alma, con el Papa Pablo VI, durante la CG 32, donde propuse audazmente que la Congregación uniese la fe y la justicia en todos sus trabajos, antes de formar las comisiones tradicionales. En las complejas dificultades de la fundación del Centro de “Concern” (Temas Sociales), así como en mi tarea más fácil del provincialato yo encontraba fuerzas y libertad al conocer que contaba con la completa confianza del P. Arrupe. No separábamos la fe de la justicia en el Centro de Concern. Organizamos un equipo sobre conciencia social y espiritualidad jesuita, y publicamos nuestras conclusiones en *“Soundings”*, justo antes de la CG 32. Me acompañó el calor de buenas amistades, y el trabajo en equipo me ayudó a reprimir la intensa ira que se apoderó de mí en mi primera experiencia de la tremenda pobreza del Nordeste de Brasil, en 1969. Al aceptar la elección como Secretario General de la CCCB hice los Ejercicios de treinta días, buscando la gracia de no comprometer mi libertad espiritual al aceptar esa tremenda responsabilidad. En el transcurso del tiempo había

llegado a estimar el vivir con incertidumbre,— confiando en el Espíritu para que me guiase en una lectura prudente de los signos de los tiempos.

He logrado permanecer casi siempre fiel a las prácticas espirituales de jesuita, oración y Eucaristía—si bien en los intervalos semanales de comunión con la naturaleza el repaso de mi vida en oración me parece más vital para mi sanidad y discernimiento. Nunca he separado mi lucha por la justicia de mi unión con Dios. De alguna forma, al menos desde mis días en Lovaina, me he inclinado a ver las cosas en su conjunto—espiritual e intelectualmente. Mi enemigo ha sido siempre el reduccionismo, en cualquiera de sus formas. Una visión integral que ve el sistema económico como un subsistema del ecosistema es cosa naturalmente familiar para mí. Mi puente normal entre la justicia y la unión con Dios está edificado en una actitud estable de agradecimiento, fortalecida por la oración a la Trinidad, para recibir la gracia de estar junto a Jesús que lleva la Cruz, para la “recreación” (nueva creación) del mundo y de todos sus pueblos—especialmente los pobres. También la oración frecuente para ver y encontrar a Dios presente y activo en mí mismo, en todas las personas, y en todas las circunstancias – y para que Él acepte mi ofrecimiento. Por desgracia soy muy consciente de que no acudo generosamente a la llamada constante a dar más tiempo y atención a la oración.¹

¹ Para más detalles sobre lo tratado en este artículo véase “Faith & Freedom: The Life and Times of Bill Ryan S.J.” de los periodistas profesionales Bob Chodos & Jaimie Swift (Novalis, 2002)